

Augusto d'Halmar

Cante jondo



TODO el mundo, en el mundo entero, habla del cante jondo, o canto hondo, sin ponerse de acuerdo acerca de él. Quien lo ensalza, quien lo denigra; pero nadie llega a explicárselo, ni a comentarlo. Y lo hay que creer tan hermético para los españoles no andaluces, como para los extranjeros, por cuanto en España se le discute y se le niega o se le admira, sin más razón ni motivo que un rotundo y arbitrario porque sí.

Entran en el dominio del cante, ciertas danzas ancestrales, probablemente de origen ritual, sabe Dios de qué arcaico culto más o menos faraónico. Ello es que los redobles y taconeos preliminares de algún fandanguillo, suelen hacer perlar un sudor frío a las sienes, erizan el cabello, suspenden el ánimo y ponen materialmente la carne de gallina. Yo comprendo demasiado, cuando la flamenquísima Pastora Imperio, en el sagrado de una zambra, hizole conocer a Nijinsky, aquellas danzas; yo entiendo, digo, que el bailarín ruso, tenido por el primero de su época, permaneciera

estático primero, ante esa revelación, y luego se sintiera exaltar por la belleza de su interpretación vedada a todo aquél que no nazca andaluz en principio y en definitiva gitano. Así, el gran tenor Fleta, dotado de las más extraordinarias facultades, decía trocarías por el inimitable don del jipío, del recitar a media voz y a voz velada, el gorgoreo estilizado, que viene a ser en suma el cante jondo. Veamos si no, un cante jondo del gran poeta andaluz viviente, Antonio Machado:

Yo meditaba absorto, devanando
los hilos del hastío y la tristeza,
cuando llegó a mi oído,
por la ventana de la estancia, abierta
a una caliente noche de verano,
el plañir de una copla soñolienta,
quebrada por los trémolos sombríos
de las músicas magas de mi tierra.

... Y era el amor, como una roja llama ...
—Nerviosa mano en la vibrante cuerda
ponía un largo suspirar de oro
que se trocaba en surtidor de estrellas.

Y era la Muerte, al hombro la cuchilla,
el paso largo, torva y esquelética
—tal cuando yo era niño la soñaba.

Y en la guitarra, resonante y trémula,
la mano brusca, al golpear, fingía
el reposar de un ataúd en tierra.

Y era un plañido solitario el soplo
que el polvo barre y la ceniza aventá.

No sólo no se necesitan grandes medios vocales para expresar el cante jondo, sino que serían contraproducentes. Una voz breve, no timbrada, pero entonada, velada, dúctil y sostenida, he ahí todo y «el estilo» sobre todo, porque es el todo. Cuando en una calle de cualquier ciudad española veáis discurrir dos transeúntes muy juntos, haciéndose al parecer una confidencia de la boca a la oreja, no son sino un «cantaor» y un aficionado, iniciándose en algún secreto de su arte.

La presentación en el tablado, de esos «bailaores» y esos «cantaores» incluyendo al inseparable e imprescindible tañedor de vihuela o «tocaor» de guitarra, tiene mucho más de místico que de profano, por cuanto los mismos que oyen, más bien se comportan como fieles de una iglesia, en religioso silencio entrecortado por una u otra explosión de entusiasmo y por jaleos que suenan a jaculatorias de letanías; ¡olé!, ¡mi mare!, ¡viva tu mare!, ¡ay chavól, ¡mi niño!, ¡bendita sea tu majeza! y otras monsergas, aunque de circunstancias, como cosa de delirio, a los oídos profanos. Siéntese revestido el artista flamenco, de algo de oficiante; sus palillos y su pandero vibran como élitros; y sería in-

útil tratar de verlo desempeñarse lo mismo en otro escenario, ante otros públicos. Recuerdo que en el *Romea* de Madrid, Pastora Imperio se transfiguraba, cuando advertía la presencia en la sala de alguno de sus paisanos de la gitanería, o simplemente de algún cañí capaz de apreciarla. Entonces bailaba y cantaba como nunca y hasta sus castañuelas repiqueteaban a gloria y todos nos beneficiábamos de aquello que no lo inspiraba, sino uno solo:

La Sole no sale sola
¡ole!
No sale sola la Sole
¡hola!

Arte cerrado, incapaz de vulgarizarse y menos cosmopolitizarse, no sabrían apreciarlo los profanos ni los «snobs»; los parisienses dejaban pasar inadvertida a Pastora, la virtuosa del flamenco, y en cambio se entusiasmaban con la Argentina, no menos grande, sin duda, pero la cual supo darle a sus espectáculos en el extranjero un tono que no se hubiese permitido, ni le hubiesen consentido dentro de casa. Aires de española y de pintarrajeada pandereta desvirtuaban sus danzas clásicas y hasta los trajes habían sido concebidos como cromos valencianos.

Porque en eso difieren las huertas y las tonadilleras, las bailarinas y los diestros levantinos o de Valencia, de los cármenes, los toreros, las tonadilleras y

las «bailaoras» meridionales o de Andalucía. En que Sagunto pudo exportar sus mejores histriones a Grecia, en tanto que la Bética no los produjo, sino para su regalo y apenas si envió a Roma la hez de sus hetairas gaditanas. Los más garridos claveles y las más áureas naranjas se expenden en el Boulevard o en el Strand. Pero los pejerreyes y lampreas del Betis o Guadalquivir, las aceitunas sevillanas y el jerez, esos no se hallan auténticos sino en los colmados de las calles Sierpes, «para que Ud. se entere», y en las inexpugnables bodegas de jerez de la Frontera. El «Quijote» podrán leerlo, más o menos bien traducido, en estranjis; pero no podrán hacer que un Vicente Escudero profane sus bailes hieráticos y esotéricos, desvirtuándolos al gusto de los music-halls de London y París de Francia. Para Mr. Johns o M. Durand, un gitano puede ser un pájaro raro; pero, pagando con creces en la misma moneda, para un gitano, un «mu-siú» o un «mister» no son absolutamente nadie. El mundo empieza por Despeñaperros y, pasando por la Alpujarra, se acaba en la tacita de plata de Cádiz. Ni más allá ni más acá hay nada, sino bárbaros. Y lo peor es que hoy casi resulta cierta esta «desajeración» andaluza. En medio de la más cruenta de las refriegas, una vez más la desaprensiva Andalucía, se salva por su inconsecuente, pero providencial mimetismo para toda invasión. La capital del «no m'a dejado» de Alfonso el Sabio, la «muy leal», no lo es sino consigo misma. Y Sevilla oye cada tarde las proclamas o bo-

letines por radio de Queipo del Llano, como oyó la Giralda in illo tempore «La illahe, illallah» de los muezines agarenos; como oyó la evangelización del Asís en el Patio de los Naranjos, o esas otras pláticas con que don Jorgito el Inglés trató de catequizarla (engatuzarla ha de haber dicho ella) en la Biblia y el protestantismo; entrándole por un oído y saliéndole por el otro. ¡Allá ellos! ¡No hay sino agacharse y dejar pasar tormentas que no son sino de una hora, cuando se trata de pueblos tan inmemoriales y desmemoriados como el andaluz! Ya lo dijo Rojas en su epístola:

Dejémoslo pasar, como la fiera
corriente del gran Betis, cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.

Mis disgresiones, habiendo empezado cuando quise explicar lo intraduciblemente típico del cante jondo. Y es que no es dable charlar con espontaneidad, sin incurrir en divagaciones. Las cuales vienen a ser la sal y pimienta del aliño. Pero volviendo a nuestros carneros, visitemos juntos y sin salir de Sevilla, cuna en su Triana, del arte flamenco, esos santuarios donde se le cultiva en su triple aspecto de música, canto y baile.

La Barrera, de la calle Amor de Dios, interrumpe, de tiempo en tiempo, sus bailes «agarraos» para admirar los otros genuinos y espectaculares, al son no ya de una murga, sino de las cuerdas de un guitarrista y las

sonajas de un pandero y los crótalos de los «bailaores». Otro ruido incesante, tan pronto lejano, tan pronto atronador, es el de los tacones sobre el entablado o el entarimado. A veces, los dedos castañetean uno contra otro. Y en las vueltas y revueltas de unas «sevillanas», el halda del atavío mantiénese inflada por el aire o azota los flancos como una bandera ondeante por el viento.

Las bailarinas, sobre todo, visten, si no han falseado teatralmente su vestido, el de todas las épocas: «La falda de percal planchá», la bata de color con vuelos, muy ceñida a los muslos y casi siempre a lunares blancos sobre fondo azul, al cuello el pañuelo blanco y en las crenchas nada más que una flor. Si el traje es de aparato, entonces la alta peina hace diadema y aureola y el mantón manto, cual si se tratara de una virgen más de la imaginería sevillana; entonces, al contrario, la falda es amplia y corta sobre los escarpines de tacón alto.

Veamos un Cante Jondo del malogrado Federico García Lorca:

El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos.
Los dos ríos de Granada
bajan de la nieve al trigo.

[Ay, amor
que se fué y no vino!

El río Guadalquivir
tiene las barbas granates.
Los dos ríos de Granada
uno llanto y otro sangre.

¡Ay, amor
que se fué por el aire!

Para los barcos de vela,
Sevilla tiene un camino.
Por el agua de Granada
sólo reman los suspiros.

¡Ay, amor
que se fué y no vino!

Guadalquivir, alta torre
y el viento en los naranjales.
Darro y Jenil, torrecillas
muertas sobre los estanques.

¡Ay, amor
que se fué por el aire!

¡Quién dirá que el agua lleva
un fuego fatuo de gritos!

¡Ay, amor
que se fué y no vino!

¡Lleva azahar, lleva olivas,
Andalucía a tus mares!

¡Ay, amor
que se fué por el aire!

Y así pasamos por la calle Trajano, al baile de Laureano, al Variedades y al Alhambra, al célebre Zapico de la Alameda de Hércules y descendiendo hasta los de candil y cascabel gordo, iremos a la Barqueta, junto al río, y, de allí, a la Plaza de la Paja, donde está el de Zelipe y el Salón de los Apaches, en la calle del Carbón y al de los Ingleses. Parecida concurrencia los frecuenta, de hembras jacarandosas y rumbosos varones, pintorescos de labia, expresivos de mímica, animados de ademán. El cante, son los mismos alaridos y ululúes de los cantos musulmicos. La música tiene la misma «alegría desgarradora» de la música islamita. Y la copla que suena y parece volatizarse sin dejar eco, a veces se nos adentra y graba en lo más recóndito:

Sobre la cara a la muerta
un pañueliyo l'eché
pa que no comiese tierra
la boca que yo besé.

Aquel que tuvo tré viña
y er sielo le quitó dó,
que se contente con una
y le dé grasia' a Dió.

Dios parece y reaparece en el cancionero gitano, en su refranero y en su anecdotario. Un gitano no dejará nunca de pedir los últimos auxilios, al sentirse morir. Sólo que al volver el cura al curato, suele notar que le han quitado el reloj y la viuda suele hallárselo entre las manos al difunto: «¡Provesiyol, exclamará entonces en caló —la desconsolada gitana— las diño apañándose en afanar para sus churumbeles». Es decir, «espiró tratando de serle útil a sus huerfanitos».

Recuerdo haber asistido, en la calle del Ave María del barrio de Lavapiés de Madrid, al velorio, o velatorio como allá se dice, de la mujer del Mangas, un famoso picador gitano de Córdoba, que hablaba una jerigonza tan ininteligible como el volapuk.

Todos los dolientes estábamos sentados contra los muros de la capilla ardiente y al fondo el cadáver, todavía en el lecho de parada. De pronto uno cualquiera se alzó y saltó como quien dice al ruedo, es decir, desde el centro de la pieza, le espetó a la finada un panegírico en que la recordaba vivita el día que estrenó tal o cual alhajilla y estaba «como pa' comérsela». Calló el orador y la asistencia unánimemente prorrumpió en un «¡Vamos a sentirla!» (¡vamos a'entirla!), donde se desataron los sollozos contenidos de todos, tras lo cual se sirvió una vuelta de bandejas y copas... Y así hasta que otros espichadores volvieron a abrir la espita al sentimiento y a hacer correr las lágrimas y el vino. Se abrieron

los balcones, al amanecer del Guadarrama y cuando asomó la carroza fúnebre, el Mangas hizo ademán de tirarse a la calle, desde ese principal sin entresuelo y hubimos de sujetarle, entre ayes, maldiciones y bendiciones, y toda la lira del patetismo gitano.

En Semana Santa, la Semana Magna Sevillana, los gitanos toman, parte porque o pertenecen a la hermandad de la Virgen de la Esperanza de Triana, o a la Virgen de la Esperanza de la Macarena y a las veces, a la de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder. Contritos y ensimismados, bajo la carroza y el antifaz, suelen pelearse, sin embargo, por el rango de sus respectivas vírgenes y decirle improperios y cosas malsonantes o demasiado sonoras a la que no es de ellos. Luego cantan a las rejas, al pasar la Procesión por delante de la Cárcel. Cantan desde fuera de las rejas... o desde adentro. Y la saeta se clava rehilando en el cielo, como un cohete musical o una estrella canora:

Seguiría tu hermandad
si no estuviera en prisiones
doliéndome tu tardanza.

Vuélveme la libertad
y atiende mis oraciones
señora de la Esperanza.